

653
¡Pre ... sen ... te!

D.R.A.

El dinámico maestro de escuela dominical tomó por primera vez un atajo, rumbo al correo, y vio a Bessie barriendo el porche de su miserable vivienda. ¡Muchacha! le saludó cariñosamente, obedeciendo su instinto de invitar los chicos a su clase bíblica.

Bessie resueltamente no aceptó la invitación, por una razón que toda niña entiende bien. El viejo vestido que tenía puesto era el único que poseía, y de ese callejón ella no salía nunca.

Estos eventos tuvieron lugar en el pueblo de Williamsport, Pennsylvania, Estado Unidos de América en la década de los años 1910. El señor se llamaba James Black.

Tres damas resolvieron pronto el problema de la ropa. Por unas pocas semanas Bessie era un personaje destacado en el pequeño grupo que aprendía historias de la Biblia. A todos les llamaba la atención el entusiasmo y seriedad con que respondía a la lista de asistencia. Para Bessie el sencillo hecho de estar incluida en una reunión con sus amigos, objeto del respeto de los mayores, era un gran acontecimiento en su vida. Al oír su nombre cuando pasaban lista con cierta formalidad, se ponía de pie, cabeza en alto, y respondía a viva voz, ¡Presente!

Pero un domingo Bessie no estaba presente. Ni el siguiente tampoco.

Cuando el maestro caminaba a su casa, de regreso de la visita a ver qué le pasaba a su alumna, una voz le decía: Prepara una de tus composiciones musicales. Pronto vas a tener que encargarte del entierro de esa conmovedora víctima de pulmonía. El lapso resultó ser de diez días.

Lo interesante es que, al abrir el portón de su propia casita, le vino a la mente de ese señor la palabra *Presente*, y la suprema importancia de estar presente para siempre jamás en un lugar muy diferente al oscuro callejón de la choza de Bessie.

Músico nato que era ese devoto evangélico, e inspirado por la tristeza del cuadro que había visto en aquel hogar de borrachera y miseria, él ya tenía en su cabeza mucha de su composición antes de buscar papel y sentarse a la mesa en la sala. Y así fue que el mundo recibió uno de sus más sublimes himnos evangélicos:

*Cuando la trompeta del Señor se toque, la final,
con fulgor apunte el día eternal;
y los redimidos suban a su casa celestial,
cuando allá se pase lista yo estaré.*

*Cuando todas sombras huyan en la gran resurrección
de los muertos en Jesús sin corrupción,*

y en las nubes al Señor reciban, ¡qué consolación!

Cuando allá se pase lista, yo estaré.

El problema está en que muchos no van a estar. La pregunta es que si tú vas a estar.

“Vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios”, escribe Juan acerca de su visión apocalíptica. “Y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida. Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego”.

Ese mismo discípulo había escuchado a Jesús decir, tiempo antes: “Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”.

Para que todos entendieran cómo asegurarse de estar —para que tú lo tengas muy claro al hacer tu elección— Él explicó: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie viene al Padre, sino por Mí”.

El punto esencial de todo el asunto es que Él dio su vida aquí para ofrecerte a ti la vida allá.

Que todo “Bessie” lo tenga muy en mente: Viene día cuando con fulgor se apuntará el día eternal. Se pasará lista. De que uno esté o no con Cristo depende de que si ha aceptado la sincera, gratuita, amorosa invitación de acudir a Él ahora.

“Mis ovejas oyen mi voz, y Yo las conozco, y me siguen, y Yo les doy vida eterna. No perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano”, Juan 10.27,28.